

Jesucristo (1), para recibir la bendición de Dios. Vistámonos con los méritos de Cristo, porque nos los dió, y nuestros son y causa de nuestra justificación (2). Engalanados con esta preciosa vestidura, embellecidos con esta púrpura real, pongámonos en la presencia de Dios, seguros de que no nos negará nada de lo que le pidiéremos por su Unigénito Hijo, porque entonces ya no pedimos para nosotros, sino para Cristo, por quien nos viene la gracia.

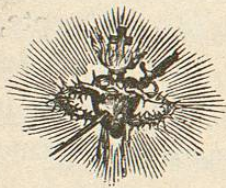
Si oramos de esta suerte, no lo dudéis, seremos como dioses en la tierra (3), pues lograremos con el favor divino esa pasmosa omnipotencia, á cuyo imperio obedecen la naturaleza y sus elementos, el cielo y la tierra, el agua y el fuego, la enfermedad y la muerte, y después de ella, y como última prueba de la eficacia de nuestras oraciones, se nos abrirán las puertas de la gloria y *entraremos en el gozo de nuestro Dios* (4), por quien tanto hemos suspirado, para gozar de sus amores por toda la eternidad.

(1) Rom., VIII, 29; Rom., XIII,

^{14.}
(2) Rom., III, 24.

(3) Psal. LXXXI, 6; Act., XVII,

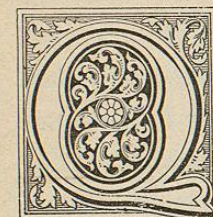
^{28.}
(4) Matth., XXV, 21.



CONDICIONES DE LA ORACIÓN



CONDICIONES DE LA ORACIÓN



QUIZÁ os parezca que insisto demasiado si vuelvo á hablaros hoy de la oración. Pero, hermanas mías, si se trata de un acto de la religión, parte esencial del culto que debemos á Dios; si se trata de un medio maravilloso para lograr muy pronto la reforma de nuestra vida y la santificación de nuestra alma; si se trata de un precepto formal de Jesucristo que obliga á todo fiel cristiano desde que empieza á ser responsable de sus actos; si se trata, en fin, de la conservación de la vida de nuestra alma, pues la oración es el conducto ordinario de la gracia divina, sin la cual, como dice el Apóstol (1), nada podemos hacer, decir ni pensar en orden á mérito... ¿extrañaréis que insista en ello y que despliegue todo mi celo instruyéndoos en el modo de cumplir este precepto y allanándoos el camino que conduce con seguridad á la patria de los bienaventurados?... Es indudable que todas vosotras oráis, pues á ello os obligan las Constituciones de vuestro Instituto; pero acontece que ordinaria-

(1) II. Corinth., III, 5.

mente no se saca de la oración el fruto debido. ¿A qué deberemos achacar esta desgracia? ¿Por ventura Jesucristo es como los hombres, que suelen faltar á su palabra, y muchas veces prometen lo que no está en su mano conceder? (1). No hagamos tamaña injuria á nuestro Dios. En quien suele estar, en quien está siempre la culpa es en nosotros, que solemos orar perezosamente y con el corazón caído y desmazelado, y claro está que de esta oración no puede esperarse mudanza alguna buena en nuestras costumbres; y todo esto sucede por falta de fe en la palabra infalible de Dios (2); todo esto acontece porque no acompañan á nuestra oración las condiciones debidas; de otra suerte, veríamos cumplidas las promesas que Jesucristo ha vinculado á la oración, que es como el alma de la vida religiosa.

Ya no debe extrañarnos que no demos un paso en el camino de la virtud, ni que nos dominen siempre las mismas pasiones, ni que perseveremos tan voluntariosos é inmortificados como en los primeros días de nuestra vocación. Y ¿no es esto triste, hermanas mías? ¿No es esto deplorable, puesto caso que todos tenemos buena voluntad y deseamos ser buenos y perfectos y santos? Y ¿no es doblemente sensible que ocurra esto entre nosotros que, sobre ser cristianos, á quienes obliga el precepto de la oración (3), somos también religiosos, lo cual constituye un título honrosísimo que nos obliga á orar con fervor, á orar incesantemente (4) por nosotros, y por la sociedad, y por la Iglesia, y por el mundo, pues la oración es el oficio del religioso?... (5).

Veamos qué condiciones debe reunir nuestra oración, «qué virtudes» debemos principalmente ejercitar, para que

(1) Num., XXIII, 19.

(2) Marc., XIII, 31; Luc., XXI, 33; Matth., VIII, 26; Matth., XVI, 8; Joann., XIV, 6.

(3) Jacob., V, 16.

(4) Luc., XVIII, 1; I. Thessal., V, 17; Eccli., XVIII, 22.

(5) Camin. de perfec., cap. 21.

nuestras súplicas muevan el Corazón de Dios y logren un resultado satisfactorio.

Si nuestras oraciones, por punto general, no mueven el Corazón de Dios, es, dice el apóstol Santiago, *porque oramos mal* (1); porque las faltan las condiciones á que está vinculada su eficacia. Oídlas sintetizadas en el hecho de la Cananea que nos refiere San Mateo (2). Aprended y aprendamos todos de esta mujer extranjera á pedir á Dios el remedio de nuestras necesidades. Una mujer cananea tenía una hija gravemente enferma, y habiendo llegado á su noticia la fama de los milagros que obraba Jesús, llena de fe y confianza salió á su encuentro y le dijo: *Señor, hijo de David, ten piedad de mí: mi hija es cruelmente atormentada por el demonio*. Mas Jesús no la respondió palabra. Y llegándose á Él sus discípulos, le rogaban diciendo: *Despachad, Señor, á esa mujer que viene clamando detrás de nosotros*. Y Jesús dijo: *No soy enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel*. Mas ella, postrándose á las plantas de Jesús, le adoró diciendo: *Señor, ten misericordia de mí*. Y díjola Jesús: *No es justo tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros*. Y ella respondió: *Así es, Señor, lo confieso: mas los perrillos también comen las migajas que caen de la mesa de sus señores*. Entonces, volviéndose Jesús á sus discípulos y demás gente que le seguía, y levantando la voz como queriendo llamar la atención de todos, la dijo: *¡Oh mujer!, grande es tu fe; hágase como deseas*. Y desde aquella hora quedó sana su hija. Ved hasta dónde llega la eficacia de la oración bien hecha: hasta llenar de asombro y de admiración al mismo Dios. *¡Oh mujer!, grande es tu fe*; y esta es la primera virtud que debe acompañar nuestra oración.

(1) Jacob., IV, 3.

(2) Matth., XV, 22-28; Marc., VII, 27.

Fe. La fe, dice el Doctor Angélico, es el fundamento de la oración; de suerte que en esta virtud estriba la eficacia de nuestras súplicas (1). Sabido es que el mérito de la oración estriba principalmente en la caridad, como dice el Apóstol (2); mas la prontitud y eficacia con que logra alcanzar de Dios lo que se pide, proceden de la viva fe con que se ora. Las palabras de Jesucristo no pueden ser más terminantes: *Cuanto pidiereis en la oración, como tengáis fe, lo alcanzaréis* (3); y añade: *porque todo es posible al que cree* (4). Así lo expresa también el apóstol Santiago: *Pedid con fe, sin sombra de duda ó desconfianza, pues quien anda dudando es semejante á la ola del mar alborotada y juguete del viento. Quien así obre, no piense que ha de recibir poco ni mucho del Señor* (5). ¡Ah!, cuando Dios ve á un alma profesar la fe, parece como que abdica de sí mismo y se deja llevar y obligar de ella, pues nada la rehusa, nada la niega de cuanto ella pide, siquiera sea arrancar de cuajo una montaña y precipitarla en el mar (6). Por el contrario, allí donde no halla Dios fe, diríase que, con ser Todopoderoso, parece como reducirse á impotencia. En efecto: cuando Jesús entró en Nazareth, su patria, fué tal la contradicción que halló entre sus paisanos y tan obstinada la dureza de sus corazones, que, como escribe San Marcos, *no podía obrar allí milagro alguno*. Pues qué, ¿por ventura no era omnipotente? Ciertamente, pero faltaba la fe á aquellas gentes, y esto ataba, digámoslo así, las manos de Jesús para derramar sobre ellos sus beneficios. Habíanle conocido niño, hijo de un pobre artesano, ocupado en oficios humildes, y no creían en Él. ¿Cómo habían de recibir sus favores, si éstos los prodigaba el Salvador precisamente como recompensa de la fe,

(1) 2. 2., q. 83, art. 15.

(2) I. Corinth., XIII, 3.

(3) Matth., XXI, 22.

(4) Marc., IX, 22; Marc., X, 27; Luc., XVIII, 27.

(5) Jacob., I, 6.

(6) Matth., XVII, 19.

de que ellos carecían? *Por su incredulidad*, dice el Evangelista, les sucedió esto (1).

Ya lo veis: parece que Dios quiere subordinar sus gracias y beneficios á la fe con que se los pedimos, pues con ser Él quien nos da esta virtud, tan exclusivamente que si Él no nos la diera no podríamos tenerla, no obstante, cuando la halla en cualquiera, no sólo se complace, sino que la admira. ¡*Oh mujer!*, grande es tu fe, dice á la Cananea (2); y otra vez, oyendo la súplica de un gentil, exclama: *En verdad os digo que ni aun en Israel he hallado fe tan grande* (3). No dice á los que á Él acuden: «Mi bondad y mi poder, que no conocen límites, son los que remedian la necesidad en que os halláis, sino vuestra fe y vuestra confianza en mi misericordia». *Tu fe te ha salvado* (4). Y ¿no hizo esto la Cananea? Aquella seguridad que mostró renunciando con gusto el pan de la mesa para lograr siquiera las migajas que caían de ella, ¿no revelaba una fe heroica, una fe inquebrantable en Jesús á quien invocaba?... Y si esto hizo esta mujer siendo extranjera é infiel, ¿qué hubiera hecho si hubiese conocido, como nosotros, los inagotables tesoros de ternura que encierra el dulcísimo Corazón de Jesús?, ¿si en lugar de conocerle por Hijo de David, le hubiera conocido por *Hijo de Dios vivo?* (5). A pesar de ello, continuamos pidiendo con desconfianza. Oremos con fe, pero añadamos también á esta virtud una profunda

Humildad, que es la segunda condición que agrada á Dios tanto como la confianza. Efectivamente: *Dios es la suma verdad*, y «humildad, escribe Santa Teresa, es andar en verdad, y lo es muy grande que no tenemos nada bueno de

(1) Matth., XIII, 58; Marc., VI, 5.

(2) Matth., XV, 28.

(3) Luc., VII, 9.

(4) Marc., V, 34; Luc., VII, 50;

Luc., XVII, 19; Marc., X, 52; Luc. VIII, 48.

(5) II. Corinth., VI, 16; Joann., XI, 27; Matth., XVI, 16.